

NOTAS Y COMENTARIOS

LINGÜÍSTICA, LITERATURA Y FILOSOFÍA

La lingüística ha sobrepasado hace ya bastantes años su etapa meramente filológica o histórica. Podríamos decir que desde Humboldt todo lingüista funda sus conclusiones en algo más que en unos datos que le presentan los viejos documentos y busca algo distinto del coleccionar ejemplos que le permitan, con mayor o menor fundamento, establecer una ley fonética o sintáctica. Por sobre el habla y la lengua, la gramática y el léxico se intentan alcanzar por las mejores figuras conclusiones de valor universal. En todos los lingüistas está explícito o implícito, al principio o al fin, una concepción general del lenguaje. «Toda interpretación de los hechos particulares—ha escrito Amado Alonso—se cimienta en alguna concepción básica del lenguaje como fenómeno humano general, en unos conscientemente buscada, criticada y mantenida, en otros gregaria y pasivamente admitida». Antes o después, o en todo el decurso de los exámenes, los conceptos filosóficos han de entrar en vigor. Entre la lingüística y la filosofía se ha establecido desde hace tiempo una corriente de intercambio y trasiego de elementos. Unas veces es la filosofía la que desciende a explicar el lenguaje (Croce, Cassirer...); otras es la lingüística la que se alza hasta la filosofía, buscando coronar adecuadamente su trabajo (Vossler, Saussure...).

Un proceso similar encontramos en la crítica literaria, que se ha levantado, desde los tradicionales estudios biográficos y la búsqueda minuciosa de los orígenes del material literario—fuentes e influencias— a una concepción vital, orgánica, de la obra artística y a la dilucidación de problemas generales de metodología crítica o de filosofía de la literatura.

I

Diego Catalán ha estudiado la concepción del lenguaje en la escuela lingüística española, a través principalmente de Ramón Menéndez Pidal y Amado Alonso, en una obra (1) que, desde el punto de vista

(1) DIEGO CATALAN MENENDEZ PIDAL: *La escuela lingüística española y su concepción del lenguaje*. Biblioteca Románica Hispánica. Ed. Gredos. Madrid, 1955, 170 págs., 20 X 14.

filosófico, queremos presentar. La escuela lingüística española tiene figuras de talla reconocida, con obras de indiscutible interés y maestría. «Pero sería lamentable—nos dice justificadamente D. Catalán—que del cúmulo de problemas concretos, de casos particulares, no acertásemos a decantar los conceptos básicos necesarios para cimentar una concepción general del lenguaje» (2). Ello nos permitirá a nosotros valorar la contribución que nuestros maestros de la filología han prestado al desarrollo de la doctrina general sobre el lenguaje.

De todos modos, y a pesar de la ejemplarización netamente española, el intento abarca más, a su entender, que un simple «estudio de la concepción lingüística de la escuela española», pues aspira razonablemente a ser una «Introducción a la lingüística general, con base en el español».

La herencia lingüística: el sistema convencional de signos.—El niño, al venir al mundo, se encuentra dentro del ámbito de una lengua determinada, que condicionará, desde luego, su modo de hablar, pero incluso su modo de pensar y sentir. «Nuestra lengua materna, al ser a la vez el instrumento y el material con que y en que se forjan nuestros pensamientos y sentimientos, ejerce una influencia fundamental sobre nuestro espíritu, no sólo a través del inmenso caudal que descubrimos en las obras literarias, sino más aún por la impronta que deja en nuestros pensamientos al imponerles su forma interior peculiar y obligarnos a verter los productos de nuestro intelecto en un molde dado, molde y cauce que varía grandemente de una comunidad hablante a otra» (3).

La lengua es un sistema de signos, signos convencionales. «La experiencia personal nos ha hecho ver la lengua como un instrumento que el individuo y la comunidad hablante reciben de las generaciones precedentes, y el aprendizaje lingüístico como un acto de conquista de la mente neófita por una tradición lingüística que tiene sus raíces en el pasado. En consecuencia, es el imperio de la tradición la única ley que gobierna el lenguaje; el valor de todos y cada uno de los términos de una lengua se halla motivado en última instancia no más que por el uso y el consenso generales». Por eso D. Catalán prefiere hablar de *signos* mejor que de *símbolos*, «toda vez que entre el significante y el significado no hay necesidad de que exista correspondencia o semejanza alguna que justifique la asociación» (4).

Saussure habló a este propósito—y la expresión ha tenido éxito—de la *arbitrariedad del signo*.

La lengua como energía viva.—La *lengua* es algo de la comunidad lingüística; «forma—como escribe Wartburg—un sistema expresivo total y compacto que vive virtualmente en la totalidad de los indivi-

(2) O. c., p. 9.

(3) Ibid., p. 15.

(4) Ibid., p. 17.

duos» (5). Pero no se concreta, no existe sino en el acto de hablar; de toda la potencialidad de la lengua un fragmento ha adquirido mediante la elocución o la frase escrita, existencia real, concreta. Esto es lo que en contraposición a la *lengua* Saussure denominó *habla*. La lengua actúa como temperante del habla, señalándole límites y hasta normas; y ello con un fin social, para hacerse comprender de los demás.

Una vez establecida la distinción *lengua-habla*, Saussure—y luego la llamada «escuela francesa»—afirmó que el objeto de la lingüística ha de ser el *sistema de la lengua* y no el habla. ¿Cómo hallar sino base para un estudio científico en la multiplicidad y heterogeneidad del habla? Pero aún limitó más el objeto de la lingüística, pues en el estudio del sistema de las lenguas prescinde de sus procesos evolutivos para considerarlas exclusivamente en un estado ya constituido, estudiando sólo la estructura de los sistemas y su funcionamiento.

Si nos situamos en este punto de vista tendremos, en primer lugar, que buscar ese algo *inmanente* en el lenguaje, lo que no es tan fácil ni seguro. ¿Cuál es la norma gramatical permanente? Ramón Menéndez Pidal ha destacado bien claramente la diversidad de normas en los orígenes de nuestro idioma (6); y hoy día ni la misma Real Academia de la Lengua está conforme con algunas de las normas que de ella emanaron; nada digamos de los que hablan y escriben en español con respecto a las normas de este tribunal superior de la lengua. Normas distintas rigen en el lenguaje de los distintos grupos sociales, y aun en un mismo individuo en diferentes situaciones (ante la familia o en la calle, con personas de edad o con niños...).

No se quiere decir con ello «que la lengua individual carezca de una norma extrapersonal: para cada hablante, aparte de su propia lengua (de su concepto particular del sistema lingüístico), existe la lengua de los demás, que se manifiesta a través del habla de los que le rodean, y la necesidad de hacerse entender le obliga continuamente a ajustar en lo posible su propio sistema de signos al patrón general». De lo contrario nos encontraríamos en una inmensa y desorbitada Babel lingüística. «Creo—sigue D. Catalán—que queda así planteada una distinción muy necesaria entre la norma personal, a la que el hablante trata de ajustar el fluir de su habla, y la comunal, de la que su lengua es un reflejo personal» (7).

Admitida la disyuntiva saussuriana *habla-lengua*, en ésta habíamos de distinguir la *lengua colectiva* por un lado, y por otro la *lengua individual*. Esta comprendería el conjunto de signos que en vivo—digamos—posee un individuo hablante, tomados de la totalidad de signos

(5) W. VON WARTBURG: *Problemas y métodos de la lingüística*. Traducción de D. Alonso y E. Lorenzo. Madrid, 1951, p. 12.

(6) *Orígenes del español*. Madrid, 1950, pp. 515 y ss. Cfr. *El lenguaje del siglo XVI*, en *La lengua de Cristóbal Colón y otros estudios*. Colección Austral. Buenos Aires, 1942, pp. 53-100; AMADO ALONSO: *Castellano, español, idioma nacional*. Buenos Aires 1938, pp. 66-135.

(7) O. c., p. 25.

del sistema de la comunidad o lengua colectiva. La lengua individual —en su hablar concreto— es así la actualización de una parte (en la medida de las *necesidades* y *facultades* del hablante) de la potencialidad del sistema de la comunidad. «Un miembro de la comunidad lingüística puede, por tanto, *penetrar* en ésta o aquella capa del lenguaje o en capas más o menos profundas, pero, en rigor, la lengua, en su totalidad de posibilidades, no se deposita en ninguno de los hablantes» (8).

El aprendizaje, por eso, de una lengua no se termina sino con la muerte, «en constante realización de la vida social del hombre en lo que ésta tiene de superior», como justamente destaca Menéndez Pidal (9).

Pero tenemos en ejercicio a todas esas lenguas particulares de cada individuo y de cada grupo social o cultural, con normas distintas en pugna unas con otras, nunca segura ninguna de su predominio; y motivado por esta pugna constante de las normas, nos encontramos, frente a la concepción estática de la lengua como un sistema concluido, con las lenguas en una continua evolución; frente a la concepción del lenguaje como *ergon*, hemos de establecer con Humboldt su consideración como *energeia*, «como una energía viva», según se expresaba Vossler.

La voluntad expresiva, razón del cambio lingüístico.—Saussure, «el gran definidor de antinomias» (10), establecía con carácter ciego las evoluciones fonéticas, en contraposición con la analogía, que «supone—dice—la conciencia y la comprensión de una relación que una las formas entre sí». En los cambios fonéticos se trata de «una fuerza ciega en lucha con la organización de un sistema de signos». «La lengua no premedita nada; sus piezas se desplazan—o, mejor, se modifican—espontánea y fortuitamente». Y anteriormente: «Los cambios se producen fuera de toda intención». ¿Razón? Porque sí. «Esto tiene que ser así, *a priori*; pues, si la gramática interviniera, el fenómeno fonético se confundiría con el hecho sincrónico, cosa radicalmente imposible» (11).

En los otros procesos lingüísticos, en cambio, que se desarrollan en el plano del significado, Saussure y su escuela admiten la intervención de motivos voluntarios, de impulsos expresivos conscientes.

Pero ya en 1928 los fonólogos del círculo lingüístico de Praga, aplicando a la fonética la concepción estructuralista de la lengua defendida por Saussure, propugnaban el reconocimiento de una *finalidad* en todo cambio fonético. «No superaremos—afirmaban—la tradición

(8) *Ibid.*, pp. 26-27.

(9) *La unidad del idioma*. Madrid, 1944.

(10) D. CATALAN: *O. c.*, p. 33.

(11) F. DE SAUSSURE: *Curso de lingüística general*. Traducción de Amado Alonso. Buenos Aires, 1955, pp. 265, 160, 155 y 248.

(12) En *Actes du premier Congrès International de Linguistes à la Haye*. Leiden, 1928, p. 33.

de los neogramáticos renunciando a la noción de ley fonética, sino interpretándola teleológicamente y abandonando su concepción mecanicista» (12). La fonética descubría la dependencia en que, en buena parte, se encontraba la evolución de los sistemas fonológicos con respecto a tendencias inherentes a los propios sistemas; descubría el esfuerzo lingüístico que en el centro de una serie de reajustes se hallaba, por mantener o restaurar una estructura simétrica; siempre, indudablemente, en sus procesos dirigiéndose el sistema hacia un fin.

También Unamuno hablaba, en 1925, de esta finalidad en los cambios lingüísticos; pero más que en los fonéticos, en los cambios esporádicos (metátesis, epéntesis, falso análisis...). Y Vossler señalaba la doble tendencia en el hablante que le lleva por un lado a la lengua comunal, con la que se hace entender, y por otro hacia la creación dentro de ella de un estilo personal, motivador de cambio.

Unamuno hablaba en los cambios fonéticos de un proceso *determinista*, provocado por una a modo de «economía física». Y, en efecto, sólo disponemos de una cantidad de energía limitada. «La fuerza con que el hablante articula cada sílaba depende de la energía gastada en las sílabas vecinas. Por ello en los idiomas en que el acento de intensidad es muy marcado, la articulación de las sílabas átonas se hace sumamente relajada y hasta puede llegarse a la total desaparición de ellas» (13). Así ocurre con el francés y el español, en contraposición al italiano: mientras éste conserva casi intactas las vocales originarias latinas, aquéllos, por el contrario, acentúan o destacan las vocales tónicas, hasta producir en ocasiones diptongos, mientras las otras vocales se debilitan o desaparecen. «Esta tendencia a aminorar el esfuerzo articulatorio ha colaborado, sin duda alguna, poderosamente en el desarrollo de todas las lenguas, pues los fenómenos tan repetidos de asimilación, metátesis, disimilación, aglutinación, etc., tienen como principio común esta tendencia. Puede, pues, afirmarse que el factor económico preside la evolución de toda lengua; el hablante está siempre pronto a ahorrar energía articuladora» (14).

La ley vale para todas las lenguas, pues se basa en algo común a todos los hombres, en su constitución mental y física. Tiene valor en el habla y en la lengua, en la semántica como en la fonética. Una palabra aislada de todo grupo, «desprovista de todo lazo asociativo, resulta, por antieconómica, pieza fácil del olvido».

¿Determinismo entonces, casualidad? No. «Esos recursos naturales, que existen potencialmente en todas las lenguas, de hecho actúan dentro de la historia, produciendo fenómenos perfectamente individualizados y delimitados en el tiempo y en el espacio; es decir, pueden entrar en juego aquí o allí, ahora o después, pero no señalan un rumbo necesario a la lengua; el paso de potencia a acto es siempre

(13) O. c., pp. 38-39.

(14) Ibid., p. 40.

ocasional y está condicionado por circunstancias históricas y actitudes individuales especiales» (15).

Saussure se negaba en absoluto a comprender esto. «La lengua —escribía— forma cuerpo con la vida de la masa social, y la masa, siendo naturalmente inerte, aparece ante todo como un factor de conservación» (16). El maestro de Ginebra no comprendió que sobre esa *masa* está actuando constantemente la *recreación individual*. Aquella explica la estabilidad en el lenguaje; ésta, su constante alteración. La comunidad lingüística no es una *masa inerte*, sino algo vivo.

Dentro de la escuela saussureana, Bally trató de explicar el cambio y opuso, con poco acierto, el «sujet parlant» al «littérateur». Sólo éste hacía un empleo *consciente y voluntario* del lenguaje, con fines estéticos.

Los mejores escritores actuales—contradice Dámaso Alonso—se rebelarían casi unánimemente contra esta atribución que se les hace: «faire de la beauté avec les mots». Si lo que Bally quiso indicar con ello es que buscan lo *expresivo*, entonces «todo hablar es estético». «Entre el habla usual y la literaria no hay una diferencia esencial, sino de matiz y grado». Además, todo hablante en ejercicio del lenguaje habla *voluntaria y conscientemente*. «El hablar es, antes que nada, antes aún de haber transmitido concepto, una afirmación de voluntad». Y nada se diga del valor de las palabras en contratos o arriendos entre campesinos, o en momentos en que se ventilan graves asuntos financieros o sentimentales (17).

Con razón, pues, escribe Amado Alonso: «Si todo el cambio se origina en un hablante individual y se cumple mediante su adopción por la colectividad hablante, ¿cómo podrán los cambios ser ciegos, inconscientes e involuntarios, qué si no la voluntad expresiva, qué sino la conciencia idiomática, quién si no el espíritu—con iniciativa intencional o por abandono—los ha podido iniciar, empujar y cumplir?» (18).

Individuo y colectividad en la creación lingüística.—«Sin llegar a una idea clara acerca del papel que juegan en la historia lingüística el individuo y la colectividad—escribe D. Catalán—, nuestra concepción de la lengua estará expuesta a muy graves fallos» (19). Resulta suficientemente explícito el texto que aduce de Amado Alonso: «Hoy vemos la evolución del lenguaje como un rasgo de su esencia: el hombre es social nada más que a medias (no como las abejas o las hormigas); pero nada menos tampoco; y al hablar usa un instrumento comunal, el idioma, para comunicar algo que es absolutamente personal: un estado de vida y un modo de pensar. Para comunicar lo individual lo tiene que hacer un poco común, reduciéndolo

(15) *Ibid.*, pp. 41 y 40.

(16) O. c., p. 139.

(17) DAMASO ALONSO: *Poesía española*. 2.ª ed. Madrid, 1952, pp. 585-587.

(18) Prólogo al *Curso de lingüística general de Saussure*, p. 29.

(19) O. c., p. 50.

a valores convencionales, pero el individuo jamás renuncia del todo a hacer valer su individualidad, de modo que, entre lo convencional siempre asoma lo irreductible y personal; y el modo de asomar lo personal es alterar lo convencional, en forma microscópica o de bulto. Esta lucha entre lo individual y lo social que cada uno tenemos dentro es constitucional del lenguaje mismo, y por eso el cambiar del idioma está en la esencia misma de su existir» (20).

Vossler—según ya indicamos—había destacado esto al notar los desajustes entre la norma gramatical y lo que el hablante intenta expresar; en esta pugna veía la causa de la movilidad continua del lenguaje. Pero al determinar en concreto las ocasiones en que esta disconformidad del lenguaje común con el sujeto hablante tienen lugar, no suele remontarse por encima de las concepciones mecanicistas. Casi siempre—dice—son debidas a defectos en el hablante—impericia o abandono, imprecisión en el pensamiento—o en el idioma mismo. También reconoce una necesidad individual de expresión que no es compartida por el común de los hablantes.

La razón de esta incompreensión por parte de los lingüistas quizá sea la indicada por Amado Alonso: «La idea valedera de que las lenguas evolucionan sin cesar anda revuelta entre la masa de personas cultas con otras dos ideas falsas: la de que toda evolución es descomposición y la de que es el vulgo bajo e ignorante el indestronable rey de la lengua;... efecto ambas de la vulgarización por rebotes y contrarrebotes... de la concepción naturalista del lenguaje» propia del positivismo darwiniano, que «no concedía dignidad lingüística más que a los fenómenos idiomáticos inconscientes e involuntarios o que ella creía tales». «Cambiar no es necesariamente corromperse y disgregarse» (21).

D. Catalán trae muy oportunamente para confirmación el ejemplo de la poesía popular, en la que las variantes a un pasaje «brotan por todas partes al calor de los sentimientos del cantor, que se siente llamado a recrear el texto de la canción», y no precisamente «a un deseo de salir del paso con una *chapuza poética*». Y si en ocasiones en estas variantes se pierde contenido poético, otras, en cambio, lo acrecientan, dependiendo en última instancia de las dotes e inspiración del cantor.

Hay una nota esencial en la poesía tradicional, válida también para el lenguaje: «la colaboración sucesiva de individuos varios en la creación» (22). Escribe Menéndez Pidal a propósito de los romances: «La transmisión de un romance es un fenómeno colectivo; y esto quiere decir que cada iniciativa de un recitador está sujeta a la aceptación de los que le rodean o le escuchan» (23). Ahora bien, «*toda creación en los productos sociales o colectivos es obra de un individuo que en un momento de iniciativa se eleva sobre el nivel común de las*

(20) *Castellano, español, idioma nacional*, p. 68 n.

(21) *Ibid.*, p. 67 n y 68 n.

(22) D. CATALAN: O. c., p. 62.

gentes; pero la creación individual sólo llega a hacerse popular cuando es asimilada por el pueblo, cuando éste la repite reiteradas veces, y al repetirla no permanece pasivo, sino que amolda la creación primera al común sentir, y la rehace y la refunde vivificándola con nuevas iniciativas individuales, que son creadoras, a su vez, por dispersas e imperceptibles que sean» (24).

Si el pueblo no acepta la innovación—buena o mala—, adherido a la forma anterior, la innovación queda sin efecto. Pero cuando una de las formas innovadoras, fruto de una iniciativa individual, llega a ser asimilada por la comunidad, «entonces esa invención individual, más fuerte que las ordinarias, se va convirtiendo ella por sí en norma colectiva que rige una multitud, cada vez mayor, de repeticiones, acompañadas de múltiples invenciones menores fuertemente subordinadas a ella y que la siguen como sujetas a su giro y órbita. ¡Esto es la variante» (25).

Igual vitalidad, un dinamismo semejante, es el del lenguaje. El gran patriarca de los estudios filológicos españoles lo ha afirmado también: «Los cambios que se produzcan en el lenguaje, siendo éste un hecho humano, serán siempre debidos a la iniciativa de un hombre, de un individuo que, al desviarse de lo habitual, logra la adhesión o imitación de otros, y éstos logran la de otros; en suma, el proceso de cualquier neologismo será idéntico al proceso por el que se propaga cualquier opinión o cualquier costumbre en un grupo humano, hasta hacerse propia de la mayoría» (26). Y aún podemos añadir con Dámaso Alonso: «No hay ser humano hablante que no ejerza alguna acción, por lo menos en los círculos inmediatos a él, aunque la mayor parte de las veces el efecto o se borre o se entremezcle enseguida. No hay ola, por mínima que sea, que no modifique la playa» (27).

Sentido del cambio y fuerzas en pugna.—Debido a este constante forcejeo entre la iniciativa particular y la inercia de la comunidad, el cambio lingüístico tiene un desarrollo sumamente lento, contra el parecer de Saussure, que le supone instantáneo: «En un momento dado, en una región dada, todas las palabras que presentan una misma particularidad fónica son afectadas por el mismo cambio» (28). Y es que el maestro ginebrino materializa excesivamente el hecho fonético en el lenguaje. Así puede tranquilamente afirmar que «para hacer la historia de los sonidos de una palabra se puede ignorar su

(23) *Sobre geografía folklórica*. 2.^a edic. (1920). R. F. E. Anejo LX, c. 4, 4 c.

(24) MENENDEZ PIDAL, en R. F. E., III (1916), p. 27.

(25) MENENDEZ PIDAL: *Sobre geografía folklórica*, c. 4, 4 d.

(26) *La unidad del idioma*. Madrid, 1944, pp. 19-20.

(27) En nota a la traducción española de W. VON WARTBURG: *Problemas y métodos de la lingüística*, p. 351 n.

(28) *Curso de lingüística general*, p. 166.

sentido, no considerar más que su envoltura material y cortar fracciones fonéticas sin preguntar si tienen significación» (29).

La realidad, sin embargo, es muy otra. La historia de cualquiera de «esas *leyes fonéticas* que hoy se nos muestran pétreamente unitarias» (30), como el ejemplo vivo de los dialectos en vigor, contradicen en todos sus puntos esa tesis. Y lo mismo ocurre con respecto a las transformaciones sintácticas y morfológicas.

Por consiguiente, «la explicación saussureana de la pretendida uniformidad de los cambios fonéticos y morfológico-sintácticos mediante la idea de la simultaneidad y unicidad del proceso, debe ser sustituida por una concepción energética: el cambio lingüístico es una guerra que dura varias generaciones y en el que el triunfo, si llega algunas veces a ser completo, sólo se consigue después de una serie de incidencias, de una alternancia de victorias y derrotas parciales» (31). Lucha de generaciones y no—como quiere la escuela francesa concretizando la tesis de Saussure—vinculada al paso de una generación a otra, ni al transcurso de las tres generaciones coincidentes en el mismo momento, según la opinión de los dialectólogos: la *vieja*, que vacila; la *madura*, que en buena parte acepta el neologismo, y la *joven*, que lo establece definitivamente.

En ocasiones el triunfo del neologismo aparece rápido y decisivo. Pero no hay que olvidar el largo tiempo de incubación, oscuro y no registrado documentalmente—sobre todo en el despertar de las lenguas romances—, que le ha precedido; no es tan fácil vencer la tradición del idioma, «la más fuerte de todas, como arraigada en la inmensa repetición cotidiana del acto colectivo del lenguaje» (32).

Ese *estado latente* puede, incluso en algunos casos, estar registrado en la historia de la lengua: cuando «la investigación llega a señalar los tres estadios del proceso: A) Como punto de arranque nos es bien conocida la existencia del neologismo. B) En época posterior se oculta a nuestra observación, vive entonces en estado latente entre las clases incultas que no escriben, ya que las minorías letradas sólo reparan en él para evitarlo y execrarlo como defecto vulgar y grosero; nadie se atrevería a ponerlo por escrito. C) Pasado el tiempo, la ocultación cesa; el neologismo se ha extendido entre las clases más cultas lo suficiente para ser tolerado en la escritura como expresión más llana y familiar» (33).

Este estado latente explica los fenómenos de *sustrato* prerromano en el francés, gascón, castellano o italiano meridional, en los cuales revivieron, originando cambios lingüísticos, cuando ya hacía siglos que habían muerto las lenguas que les dieron origen, viejas formas primitivas.

(29) *Ibid.*, p. 232.

(30) D. CATALAN: O. c., p. 68.

(31) *Ibid.*, p. 72.

(32) MENENDEZ PIDAL: *Orígenes...*, § 112 1-2.

(33) D. CATALAN: O. c., p. 110.

Unos hablaron para su explicación de un fenómeno de herencia de hábitos adquiridos: tendencias, particularmente fonéticas, que se heredan y pueden reaparecer a distancia de siglos (Dauzat, Meillet, Tagliaviani). Pero—como dice muy bien Menéndez Pidal—«para salvar la objeción cronológica, esto es, la distancia entre la desaparición de la lengua de sustrato y la aparición de los primeros testimonios, bastan dos conceptos históricos: la plurisecular duración de un proceso lingüístico y el estado latente en que perdura toda innovación antes de hacerse manifiesta» (34).

¿Cuáles son las causas que motivan el surgir de una innovación lingüística y la de su triunfo o derrota? Gilliéron concebía el neologismo léxico como terapéutica en la enfermedad de una palabra, solución para situaciones extremas e insostenibles. Pero es depreciar la fantasía del sujeto y amenguar excesivamente su capacidad inventiva, el limitar su ejercicio a los momentos en que la necesidad la hace casi imprescindible. Indudablemente que la necesidad excita su actividad y explica muchas variantes lingüísticas (neologismos científicos o industriales, etc.); mas en absoluto no se precisa de ella o de la urgencia para encontrar salida a una situación difícil, para que el ingenio, en situación favorable, salte a un estado de creación, o para que el afán expresivo busque nuevas formas o vocablos.

La iniciativa creadora estará presente, en un principio, a todo cambio lingüístico. Luego se requiere la adhesión, mediante actos continuados, de los hablantes a la nueva forma; y para ello es preciso «que la razón de ser del impulso innovador conserve su vitalidad durante todo ese largo período de tiempo para que esas adhesiones sean posibles» (35). Si estas razones—como razones sociales, culturales y psicológicas que son, y no absolutas—dejan de tener vigencia, la variante pierde fuerza y hasta puede detenerse y morir.

Esas razones, el cúmulo de ellas, señala una corriente que alcanza en su curso a una y otra palabra, a una y otra variante morfológica o sintáctica, aunque cada una sigue, con diversas alternancias, su particular historia.

Límites lingüísticos. Formación de unidades lingüísticas.—También cuenta en esta evolución el factor espacio. Pero no en cuanto tal, sino en cuanto que aísla lingüísticamente las agrupaciones humanas. Esto motiva diferenciaciones dialectales dentro de una comunidad inicialmente homogénea de hablantes. «Por ser un hecho social, la lengua—escribe D. Catalán—se diversificará en tantas fracciones como agrupaciones humanas con cierta vida aislada tienda a haber en una gran comunidad lingüística. La evolución de la lengua, al ser en parte independiente en unas agrupaciones hablantes y otras, con-

(34) *Modo de obrar el sustrato lingüístico*, en R. F. E., XXXIV (1950), p. 7.

(35) D. CATALAN: O. c., p. 90.

duce con el tiempo a una fragmentación y progresiva diferenciación lingüística dentro de una gran comunidad inicial» (36).

Por tratarse de un hecho social, cuentan poco los grandes accidentes geográficos si éstos no señalan límites humanos. En una y otra orilla de un río, en las dos vertientes de una gran cordillera los hombres pueden estar unidos en comunidad lingüística mientras entre ellos se dé intercambio social. Existiendo límites humanos, aun no dándose barrera física notable, surgen no tardando, se mantienen y acentúan diferenciaciones lingüísticas entre las distintas agrupaciones. Por ello, a pesar de que—como dice Amado Alonso—«lo que ha solido herir la imaginación de los lingüistas es el porqué de los fraccionamientos de las lenguas, y a eso han dedicado muchos de sus esfuerzos, proponiendo y criticando series de causas y condiciones...; en realidad, la maravilla es que no se llegue a la disgregación total, que se *formen* unidades lingüísticas» (37).

El prestigio de una de esas comunidades dialectales, unido a la conveniencia o necesidad de intercomunicación entre distintos grupos de hablantes, hace que la norma y modos que rigen en aquélla se impongan y alcancen nuevas latitudes. De esta manera, «sobre el desgajamiento en hablas múltiples se irán formando y consolidando poco a poco unidades lingüísticas superiores» (38).

Necesidades superiores de cultura son en general las que elevan el prestigio de una comunidad hablante y le traen adeptos. Y cuenta mucho en ello la prestancia de un lenguaje superior escrito. Ese imperativo cultural, unido al sentimiento siempre vivo de intercomunicación, ha llevado antes a una depuración del dialecto. «En los centros de cultura se tiende así—escribe D. Catalán—a formar un dialecto, en cierto modo artificial, que, desembargado de los más chocantes rasgos lingüísticos peculiares de la comarca, se hace apto para la expresión elevada, no sólo de la comunidad lingüística que lo creó, sino de otros hablantes cuyo bable materno difería de aquél en pocas particularidades» (39).

II

El portugués Fidelino de Figueiredo no pertenece al grupo lingüista español, ni es propiamente lingüista, sino crítico literario—y también creador literario—. Aunque «heraldo de las curiosidades hispánicas», como se llama en alguna ocasión (40), sus maestros de crítica literaria han sido preferentemente franceses, junto con el ita-

(36) *Ibid.*, p. 125.

(37) *En R. F. H.*, VI (1944), p. 407.

(38) *D. CATALAN: O. c.*, p. 154.

(39) *Ibid.*, p. 157.

(40) Prólogo a su *Historia literaria de Portugal*. Tomo I, 2.^a edic. Traducción de P. Blanco Suárez. Colección Austral. Buenos Aires, 1948, p. 10.

liano Croce. Pero en su crítica, y por encima de ella, se ha interesado por los problemas de metodología y por la filosofía de la literatura.

Como una pugna incesante, iniciada en los orígenes de la humanidad y de duración perenne, que abarca todas las manifestaciones de la actividad humana, desde la estrictamente intelectual hasta la más humilde de las labores manuales, es como percibe Fidelino de Figueiredo (41) la tensión del hombre con respecto a la palabra.

Omnipresencia de la palabra.—«En el hombre, nos dice Figueiredo—mientras las manos trabajan y los sentidos reciben y asimilan la realidad circundante—, la mente reflexiona, forma imágenes verbales y archiva palabras. Y estas palabras son como los símbolos en el cálculo matemático: vestigios de la reflexión». Cada nuevo concepto debe ir acompañado de una palabra que le sea correlativa. «Pensar y saber es querer decir y poder decir. Todo lo que el hombre siente y piensa, lo incorpora al mundo de las palabras. El juicio, pieza nuclearia del pensamiento lógico, sólo existe en el cerebro del hombre por su traducción en frase. El punto de partida de las divergencias gramaticales está en la variedad de las lógicas instintivas». Hijo del espíritu, el lenguaje vive una vida paralela a la de éste: «camina de la pobreza fraseológica y léxica a la variedad infinita; de lo concreto y sensorial, a lo abstracto o ideal; de tonos elementales y actitudes radicales del carácter y de la observación, a los cambiantes intermedios; despréndese del mundo real y circunstancial, en que nació, para vivir la vida libre e intemporal de las ideas; diversificase en terminologías especiales o esotéricas; constitúyese en valor fiduciario de emoción y pensamiento o en signo convencional de una experiencia pasada; construye sólo ella, con sus irradiaciones promotoras de sugestión y evocación, un mundo suprarreal e inmortal: el de la ficción literaria; y alcanza la esfera intrasponible de la metafísica, donde el pensamiento y la palabra abstracta se unen uno a otro vitalmente, como a los cuerpos la epidermis» (42).

Todas las ciencias necesitan de la palabra; todas tienen su terminología propia en la que encerrar y comunicar sus conclusiones. Cada nuevo avance de la especulación filosófica recibe igualmente su acuñación, como una moneda que se lanza a la circulación, de las palabras a que se las vincula. Las artes y las técnicas, y hasta las formas más intrascendentes de la actividad humana, tienen su vocabulario peculiar. Y—aquí con mayor fuerza—las intuiciones más altas y más bellamente imprecisas de los poetas se concretan en combinaciones de palabras.

El fin del lenguaje es doble y contradictorio: *comunicación y cercenadura* u ocultación. La palabra es vehículo manifestativo de

(41) FIDELINO DE FIGUEIREDO: *La lucha por la expresión*. (Prolegómenos para una filosofía de la literatura). Traducción española de P. Blanco Suárez. Colección Austral. Buenos Aires, 1947, 152 págs.

(42) O. c., pp. 27 y 28-29.

ideas y sentimientos. Pero al mismo tiempo limita, con las particularidades propias de cada grupo, el número de comunicantes. Los idiomas separan unas naciones de otras; el hombre de laboratorio tiene sus signos, con sus equivalentes verbales, para designar los instrumentos de que se vale, y dispone de un léxico conocido sólo por sus iguales, con el que manifestar sus hallazgos. Una jerga siempre cambiante une a los estudiantes entre sí al tiempo que los aísla; y lo mismo se puede decir de cualquier grupo o clase social. «Hasta entre dos enamorados, el más pequeño y más íntimo de los grupos, acostumbra a hacer frases o palabras de segunda intención o de sentimiento reservado, con que se unen y se aíslan en presencia de los demás» (43).

Este carácter separante del lenguaje resalta en la terminología filosófica, en que cuenta la actividad intelectual pura, los métodos de reflexión nuevos, las construcciones apriorísticas, etc., y donde cada filósofo tiene su léxico propio. Pero aún resulta más difícil de conocer e identificar el lenguaje individualísimo del poeta. «Puede organizarse un vocabulario filosófico individual, el de San Agustín, el de Leibniz o el de Bergson o el de Husserl; pero no puede organizarse un léxico de la estilización de la vida que un poeta o un novelista nos presenta, porque el pensador, aunque sólo sea con su espíritu y sus individuales agudezas, observa lo general en lo general y se expresa o procura expresarse en la generalidad (y si no lo hace, es poeta lírico y no filósofo), al paso que el artista literario observa lo singular en sí mismo y en los demás o lo adivina intuitivamente, con misteriosas receptividades telepáticas, forcejea para extraer de sí lo irracional, lo alógico y lo indecible, y para expresarlo en el lenguaje común sentido por él de manera personal. El escritor diría todo, si pudiese modelar una esencia pura, pero tiene que vaciar su individualísimo sentir y comprender en la palabra que los otros usan a cada momento, con todas las fricciones limitadoras de la realidad» (44).

Problemas de orígenes: el hecho lingüístico.—«El problema del origen del lenguaje humano—escribe F. de Figueiredo—es análogo al del descubrimiento del fuego, de la rueda, de la palanca y de otras máquinas sencillas: algún día se habrá dado; pero se nos ocultó para siempre *cuando y cómo*» (45).

Al querer descifrar ese origen, que por siempre quedará en la penumbra, se amontonan hipótesis de mayor o menor verosimilitud científica. Figueiredo recuerda varias: el lenguaje ya elaborado como don innato al hombre, el grito como gesto vocal, el lenguaje onomatopéyico, la palabra como expresión sonora de los movimientos del trabajo y la pasión... Para Figueiredo no tiene demasiado valor la analogía con el aprendizaje del niño. «La situación del niño, en este aspecto—dice—diverge totalmente de la del hombre primitivo, porque

(43) *Ibid.*, p. 29.

(44) *Ibid.*, p. 36.

(45) *Ibid.*, p. 47.

se encuentra en un medio avanzado y aprende de oído y por imitación una lengua perfectamente elaborada y practicada en su presencia por todos» (46). El niño alcanza en muy pocos años lo que quizá requirió milenios en el hombre primitivo. Este partía de la realidad objetiva, recibida o sufrida por los sentidos, en la que tenía que situar una expresión sonora; el niño, en cambio, encuentra ya asociado a cada objeto una determinada expresión verbal.

También se recurrió al análisis de las lenguas de los pueblos salvajes. Y este análisis vino a contradecir muchas hipótesis. Fidelino de Figueiredo resume así las conclusiones a que en este orden llega Lévy-Bruhl (47), quien trabajó sobre una gran copia de materiales referentes a las lenguas aborígenes americanas, preparadas por especialistas estadounidenses: «Tales lenguas están muy lejos de ser sencillas, antes son riquísimas de vocabulario—su léxico alcanza docenas de millares de voces—; disponen de medios variados para la expresión y muestran capacidades para la observación y retención de aspectos de las cosas, que nosotros ni sospechamos. Naturalmente son lenguas descriptivas; dirigidas a la memoria, adecuadas a la fijación de pormenores sensoriales, lenguas que diseñan las cosas, porque declaran sus formas, sus lugares, sus posiciones relativas, las circunstancias episódicas y singulares, y otras conexiones que se nos escapan completamente. Descubren, a par de aquella intensa actividad imaginativa, un agudo poder de observación sensorial. Sus nociones de número y de interdependencia especial de las cosas, y las formas de sus pronombres personales y de sus tiempos verbales nos hacen pensar que estemos en otro planeta, ante seres de constitución mental y moral totalmente diversa de la nuestra. Los verbos registran en sus tiempos matices sutiles de la acción y situación de las cosas; pero pueden no poseer infinitivo, porque no lo necesitan para expresar una acción temporal o inespecial, puramente abstracta...» «Paralelamente a este lenguaje verbal, hay en aquellos pueblos... un lenguaje de gestos, en el cual interviene todo el cuerpo, las manos y los pies, los ojos, los gestos, los encogimientos de hombros, los movimientos totales, con lo que logran decir tanto y tan bien como con las palabras. Les es posible pasar muchos años, hasta una vida, hablando sólo por gestos» (48).

No se puede olvidar tampoco la hipótesis, tan cara a Saussure, del lenguaje como sistema de signos para subvenir a las necesidades de la comunicación, y que desarrolla el profesor Vendryes. Estos signos serían en un principio heterogéneos o compuestos: gestos, sonidos, movimientos... que se agruparían en virtud de unas leyes psicológicas que nos son desconocidas. «Poco a poco... la mayor movilidad o plasticidad de la palabra, fué dándole primacía entre los modos de signos; y el lenguaje auditivo predominó sobre los dirigidos a los

(46) Ibid., p. 43.

(47) *Les fonctions mentales dans les sociétés inférieures*. 3.^a edic. París, 1918.

(48) F. DE FIGUEIREDO: O. c., pp. 51-52 y 53.

otros sentidos, pero siempre sin su total sacrificio, como se verifica aún hoy y no sólo en sociedades inferiores. Y el día en que el signo sonoro o la palabra articulada se soltó de la cosa individual o del hecho singular para designar otras cosas análogas u otros hechos similares, ganó una gran extensión para su significado y pudo entrar en numerosas combinaciones nuevas. Finalmente, cuando ese signo sonoro, predominante sobre los otros, se amplió en símbolo autónomo, sirvió incomparablemente mejor a las necesidades de la vida de comunicación. Estaba alcanzada una fase superior del lenguaje» (49). Del cuadro establecido por Vendryes, Figueiredo deja al margen el grito emocional o interjectivo—«de que no hay vestigio fuerte en las lenguas de los pueblos inferiores, tal vez por ser ya muy evolucionadas e influidas por otras en estadio histórico diverso», y el canto como acompañamiento rítmico del trabajo, que en su sentir presupone ya un lenguaje adelantado y de ninguna manera lo crea.

Problemas de orígenes: el hecho literario.—«La obra literaria más rica es un conjunto de artificios o procesos artísticos simples... La inspiración del artista sublime torna exquisitos esos procesos...» (50). Ya en el acto mismo de hablar está presente el esfuerzo literario.

Los orígenes del hecho literario hay que buscarlos, por consiguiente, no en los estratos más avanzados de la cultura, sino en los más simples que nos presenta la cultura popular, formada «de manera espontánea por sufrimientos lentos de la realidad ambiente», y «donde lo lógico y lo pre-lógico se codean sin antagonismos» (51). A través de las formas más simples que esa cultura nos presenta, podemos acercarnos a «fenómenos muy retrasados en la escala técnica estilística» (52). En proceso que va del fenómeno más simple al más complejo, estudia Figueiredo la metáfora, el adagio, la adivinación popular y la copla popular.

La *metáfora* crea el fenómeno literario más simple, anterior posiblemente a la misma ordenación sintáctica. Está relacionada con un proceso cognoscitivo muy elemental, de carácter exclusivamente sensorial, «al paso que en la ordenación variable de las palabras, según su valor expresivo y la intención emotiva e interesada de quien habla, hay ya sutilezas de gobierno de la sensibilidad de los otros y penetración de las intimidades de la propia alma» (53).

El proceso de desenvolvimiento de la metáfora es largo. La metáfora está presente en los actos más usuales de la vida y llena el lenguaje vulgar. «Principió por expresar la comparación como uno de los métodos para percibir la realidad ambiente, haciendo entrar lo desconocido en el perímetro de lo ya conocido, aunque de un modo muy diverso; fué después expediente compensador de la pobreza del

(49) *Ibid.*, p. 56.

(50) *Ibid.*, p. 61.

(51) *Ibid.*, pp. 67 y 66.

(52) *Ibid.*, p. 71.

(53) *Ibid.*, p. 72.

lenguaje, fundado en las analogías aparentes; llegó a ser argumento demostrativo en los místicos y ascetas, que forzaban el mundo sobrenatural para entrar en los moldes del natural; tornóse adorno estilístico abusivamente empleado por los poetas cultistas que ya no querían revelar, sino encubrir, y pieza esencial de toda la construcción literaria, como llamamiento de mundos varios, como de la heterogeneidad fenomenista dentro de la unidad de nuestra simpatía; y fué promovida por Bergson a camino dilecto para llegar a la intuición metafísica» (54).

A la metáfora acompañaron pronto las rimas vacías de sentido, con fines mnemotécnicos.

El *adagio* supone una forma más adelantada, pues «registra la constancia de repetición de un fenómeno, petrifica un tipo de asección sintética y utiliza la rima de palabras artificiales...; revela cosas y nos advierte acerca de ellas en forma de reglas de vida» (55). Salvador de Madariaga ve en el adagio una comedia-relámpago.

La publicidad más avanzada, «dirigiéndose a lo que de infantil subsiste en el espíritu colectivo», y parte de la poesía moderna, «con su corto aliento creador o su esfuerzo íntimo de depuración», vuelven a estos modos de simplicidad de la literatura folklórica.

La *adivinanza popular* «forcejea por encubrir ingeniosamente una observación nueva, típica o pintoresca, por las evocaciones de analogías a que se presta, pero seduciendo la curiosidad con los atractivos del enigma» (56). F. de Figueiredo encuentra ya en ella una esencia novelesca. «Todo novelista moderno, que se deja corromper por ese don natural de aferrar la atención del lector... es un creador de adivinanzas, en las cuales sólo hipertrofia los procedimientos elementales del pueblo».

La *trova* o *canción popular* trae una verdadera sublimación de la metáfora. Los hechos del mundo moral—sobre todo los relacionados con el amor—proporcionan el tema; la metáfora levanta el suceso a cumbres artísticas, y es como la senda por donde camina la copla. «Unas veces la comparación precede al hecho y otras lo sigue, conforme el poeta anónimo parte de la realidad para el sueño o del sueño para la realidad». En un estadio más avanzado, «el hecho y la metáfora surgen enlazados...» (57). «La poesía popular, en este grado ya elevado de su evolución, contiene los gérmenes de todo el arte literario: la actitud espiritual de la contemplación, la simple intuición como proceso; la asociación emotiva del interés útil o de la experiencia personal; la indisoluble alianza de sus datos con la palabra en algunos de sus recursos esenciales, pero lejos aún de la movilidad y de la riqueza de la abstracción» (58).

(54) Ibid., pp. 71-72.

(55) Ibid., pp. 72 y 75.

(56) Ibid., p. 75.

(57) Ibid., p. 77.

(58) Ibid., p. 78.

Y, por último, la *prosa*, originada por la abundancia del material literario que desborda los límites de las formas métricas y rítmicas.

M. René Guastalla mira, en cambio, el problema de los orígenes de la literatura como una lucha de símbolos: los símbolos individualistas del escritor en pugna con los símbolos colectivos. La literatura es «el resultado del esfuerzo que hace el individuo para expresarse en un acto, cuya materia importa poco, pero que lo compromete en una responsabilidad total para consigo mismo»...; «...la forma tórnase esencial: nació la literatura» (59).

La palabra en la especulación y en la expresión literaria.—Dijimos que en el mismo acto de hablar estaba ya presente el esfuerzo literario. Podemos añadir ahora que en el acto mismo inicial de pensar está en germen el conocimiento literario. «Toda operación intelectual—escribe Figueiredo—está acompañada de un reflejo verbal, esto es, de un impulso o de una simple tendencia para hablar o escribir o dibujar mentalmente signos de palabras o escuchar ecos de palabras» (60). Cada nueva aprehensión va acompañada de un determinado signo verbal; todo nuevo conocimiento queda inscrito, además de en una categoría lógica, en su correspondiente cuadro gramatical. Y luego, «en cada fase de la marcha del raciocinio o en cada operación de él, hay una bifurcación de fisiparidad de energías creadoras: las que nos hacen saber o comprender alguna cosa, y las que nos hacen expresar lo sabido y comprendido» (61). La palabra termina todo proceso cognoscitivo prestando a la realidad aprehendida su contorno definitivo. «La palabra—dice nuestro autor—recorta la realidad o la delimita; es, como la denominación, un punto final de llegada de la observación, de la experiencia, de la intuición, de la emoción reveladora y de la reflexión» (62). A manera de una forma de la mente en sentido kantiano, estructura la materia de nuestro conocimiento, humanizándole. El papel que Figueiredo atribuye a la palabra dentro del proceso kantiano del conocimiento—al que presta su asentimiento—y en su término, es, efectivamente, «imprimir a esa porción de realidad aprehendida el sello de la condición humana» (63).

En la lucha del hombre por expresar la realidad de las cosas, la palabra, salida ya de sus estadios primitivos y una vez adentrada en los confines de la abstracción y probado su poder de contener y manifestar las ideas generales, se lanza en carrera vertiginosa por los dominios del pensamiento especulativo. Cada concepto especial en la serie sucesiva de las teorías filosóficas tiene una nueva palabra que le designa. O bien se trabaja el contenido de palabras viejas para dar cabida en ellas a los nuevos sentidos de las cosas o la mente. Fidelino

(59) M. RENÉ GUASTALLA: *Le Mythe et le Livre*. París, 1940, pp. 41 y 126.

(60) *La lucha por la expresión*, p. 103.

(61) *Ibid.*, p. 98.

(62) *Ibid.*, p. 107.

(63) *Ibid.*, p. 100.

de Figueiredo hace un breve y brillante recorrido por la historia de la filosofía, notando la palabra o el proceso verbal que la caracteriza en sus diferentes figuras o períodos.

A veces, la especulación filosófica y la expresión literaria propiamente dicha, se entrelazan y hacen juntas el camino, no importando para ello el punto de partida, que tanto pudo haber sido una concepción literaria como una investigación doctrinal. Es el caso muchas veces repetido en la moderna filosofía irracionalista y en la literatura de lo subconsciente.

En este dominio del pensamiento abstracto es donde alcanza la palabra su «mayor gloria». Aunque ahí esté implicado también su «mayor drama», en lucha por superar su impotencia irremediable, que le viene de su condición estrictamente humana. «La palabra es un valor humano, nació de la experiencia humana para expresar la mentalidad humana; no puede expresar valores universales o cósmicos, a los cuales esa mente humana tampoco alcanza» (64). La palabra sufre por eso los vaivenes y derrumbamientos de los sistemas filosóficos, al tiempo que los fomenta. Aunque el lenguaje haya establecido una alianza con la filosofía, fundamentada en sus mutuas equivalencias, para hacer juntos el camino por los dominios del pensamiento especulativo, no puede renunciar a sus peculiaridades individuales que la separan indefectiblemente de ésta. La correspondencia lógica existente entre las categorías gramaticales, no las hermana con las categorías lógicas. Se trata en aquéllas de una «lógica diversa de la fundada por Aristóteles, una lógica histórica para cada pueblo, que presidió la creación de ellas, una pre-lógica henchida de equívocos, intereses, terrores y pasiones... una lógica de circunstancias». Las categorías gramaticales no son permanentes, sino defectibles; no son universales, sino particulares. «Cada idioma tiene sus categorías vivas y muertas, moribundas y por nacer, vestigios de categorías e intenciones de categorías». La categoría gramatical consiste en «un simple fonema aislable y correspondiente a una noción: el género, el número, la persona, el tiempo, el modo, todos los elementos formativos de la oración, en que verbalmente se descompone el espectáculo del universo» (65).

Un ejemplo muy significativo de esta impotencia de la palabra en el orden de las ideas generales lo tenemos en la imposibilidad de nombrar adecuadamente a Dios. Dejemos aparte los nombres—muy numerosos y siempre parciales—con que la filosofía va señalando, como con una etiqueta, los diversos aspectos con que este Ser Supremo se presenta a su especulación. «Al Dios vivo de los corazones humildes», como en la antigüedad bíblica, hoy tampoco se le puede denominar con su nombre propio. «¡Dialogamos con Dios en el retiro de nuestra conciencia, adivinamos si obedecemos a sus mandamien-

(64) *Ibid.*, p. 97.

(65) *Ibid.*, p. 102. Cfr. H. DELACROIX: *Le langage et la pensée*, 2.^a edic. Paris, 1930; F. BRUNOT: *La pensée et la langue*. Paris, 1922.

tos o si los infringimos, y no sabemos nombrarlo!». Porque, efectivamente, «no es posible vaciar en ninguna palabra humana—fonema que el oído entienda, la memoria guarde y todo nuestro ser interprete—lo que es insusceptible de definición o representación formal sin apocamiento o adulteración bastarda» (66).

En el dominio de la literatura la palabra vuelve al orden y al derecho. La palabra y el pensamiento conservan su mutua relación. Sigue siendo éste fuente de expresión verbal; pero no intentando ya un doblegamiento de los valores de la palabra a favor de conceptos generales, sino subordinándose a vivificar y amplificar el propio contenido verbal, dentro de sus límites específicos humanos. «Entonces es la palabra la que sufre el tormento de la glosa amplificadora, de los sutiles *distingos*, de los avances y retrocesos escolásticos, no ya para extraerle todo el contenido lógico, susceptible de exploración dialéctica, sino para soltarle todo el contenido emotivo y todo el poder evocador, los recuerdos y las florescencias embriagadoras, las irradiaciones sonoras, la magia misteriosa que encierra esa desesperada tentativa para detener el perpetuo fluir del espíritu. Ahora ya no se hace metafísica, se hace arte literario» (67).

El campo sobre el que se ejerce este conocimiento literario es tan amplio y complejo como el de la filosofía; abarca al hombre y el mundo, pero éste humanizado: el propio sujeto y las cosas vistos bajo la fuerza de una intuición, a que una emoción cognoscente presta poderes nuevos de penetración o adivinación.

La actividad del hombre «cuando se confina en ese dominio para comprenderlo, no para saber impersonalmente y de tal saber extraer una técnica de utilidades, cuando su obetivo es la expresión verbal de las conquistas de su intuición profunda, pero complaciéndose en la propia índole imperfecta y contradictoria de las palabras; cuando la agudeza de esa intuición es estimulada o sublimada por la emoción, tenemos el superior arte literario como forma de conocimiento» (68).

Téngase en cuenta que todo proceso cognoscitivo en Figueiredo ha de estar incluido, con mayor o menor fidelidad y ortodoxia, dentro de la teoría kantiana del conocimiento. Este conocimiento literario —nos dice— «encierra juicios estéticos a *posteriori*..., o sea, acrecentamientos de atributos al sujeto, que no estaban comprendidos en él», y tiene un proceso demostrativo propio: «mostrar por medio de una *historia fingida*», según la vieja expresión de Francisco Bacon.

La visión del artista proyectada con toda la fuerza de su intuición personal creadora sobre las cosas y la vida, convocando todo a un gran juicio, evidencia errores secretos no señalados por nadie y tendencias íntimas no percibidas anteriormente. «La ironía y el pesimismo revelan que el saldo fué negativo para el punto de vista hu-

(66) F. DE FIGUEIREDO: *La lucha por la expresión*, p. 107.

(67) *Ibid.*, pp. 97-98.

(68) *Ibid.*, p. 108-109.

mano». En contraposición a ese mundo defectuoso, o simplemente a su apariencia, «nos construye un mundo nuevo, nos muestra cómo sería el mundo común o real, descentrado por sus descubrimientos, si éstos tuviesen allí el relieve dominador que tuvieron en su experiencia» (69).

No es éste un fenómeno exclusivo de la poesía moderna, como a alguien quizá pudiera parecer; se trata de un fenómeno general en toda la historia de la literatura y dentro de todos los géneros literarios, que proviene de la naturaleza misma del conocimiento y del arte literario. Los grados dentro de esta postura son indefinidos; y los modos de manifestarse al público, de una variedad no menor, dan origen a los diversos géneros literarios.

En la especulación filosófica y en el arte literario, por tanto, la lucha por la expresión toma sentidos opuestos... «En el primer caso, la presencia inevitable de la palabra es una condición limitadora; y en el segundo, esa limitación de la palabra es la que forma la argamasa preferentemente para el levantamiento del edificio. El drama de la lucha con la palabra perjudica, en el filósofo, a sus aspiraciones de llegar a lo absoluto; pero ese drama es la propia esencia del arte literario, el cual se complace en lo relativo humano. El conocimiento filosófico forcejea para depurarse en inteligencia pura, pero la amalgama indisoluble del pensamiento con la palabra compromete esa depuración, porque la lengua está viva en la vida humana, no es lógica del logicismo cósmico, ni siquiera del universo humano, y está empapada de todas las ilusiones y contingencias de su carrera histórica; es el archivo directo de las supersticiones y vacilaciones, de los equívocos de los sentidos y de los paralogismos y sofismas de la razón vulgar... El pensador quiere establecer una disciplina unificadora y clarificadora de esa confusión y por eso crea su dialecto peculiar. Pero el artista de la palabra se deleita en el ilogismo del idioma, en sus peculiares imperfecciones, en su misterioso poder de evocación plástica, en su irradiación musical y en su sugestión de devaneo meditativo. La adquisición nueva del conocimiento en el arte literario no vale, pues, solamente por su prioridad y originalidad, sino también por la forma verbal que reviste. Si el pensador llega a desesperar de que pueda infundir en las palabras conceptos abstractos hasta la suma impersonalidad, el escritor-artista sólo tiende al carácter personalmente suyo de las intuiciones que quiere transmitirnos. La palabra es para él un valor emotivo, un instrumento vibratorio susceptible de valoraciones varias, nunca un signo convencional...» (70).

Pero a la palabra, dentro ya de la construcción literaria, le queda aún un largo camino por recorrer, empujada ahora, no por el artista, sino por el lector. A éste le corresponde, en las diversas épocas por que una obra literaria perenne atraviesa—el *Quijote* en el ejemplo y prueba de Figueiredo—, desentrañar los diversos valores en él en-

(69) Ibid., p. 110.

(70) Ibid., pp. 111-112.

cerrados, susceptibles de comprensión en cada época. Rara vez un solo hombre—un solo lector—puede percibir toda la vibración que el artista puso en su obra; diversas generaciones—«grandes y pequeños críticos, eruditos anecdóticos e historiadores de la literatura, ensayistas agudos y recónditos lectores desconocidos»—la van desentrañando, y participan así en algún modo activamente en este desarrollo póstumo de la obra literaria. «Lo que el poeta escribe, muy poca gente puede leerlo en seguida íntegramente. Cada uno debe contentarse con ser un episodio, una cuenta del largo rosario de ecos y reflejos que la obra enciende y despierta a través de los tiempos y de la variación de las particulares receptividades de los lectores». El texto de la obra sigue siendo el mismo; pero las resonancias que despierta son muy varias. La obra literaria que un verdadero artista creó, es un cuerpo viviente que no muere con su autor; prosigue el curso de su existencia obrando vitalmente en los lectores, diversamente según los ambientes o medios por los que discurre. «Y esta carrera indefinida, recreadora o desfiguradora de la obra literaria, es el último acto de la lucha por la expresión, una agonía perpetua de la mente humana, que en el escritor alcanza el grado superior del tormento, porque el artista de la palabra hace de esa omnipresencia de la palabra y de esa impotencia de la palabra su arte doloroso y su expiación del pecado de vivir» (71).

* * *

La palabra—con su fonética y su significado y su vinculación a una frase—está en la raíz del fenómeno literario, que en su aspecto filosófico, a través de bibliografía moderna, hemos examinado en diversas ocasiones desde estas páginas (72). La escuela lingüística nacional nos presenta a la palabra en su origen y en su evolución esencial como fruto del espíritu: de la inteligencia y la voluntad en acto. Esta es la lección de nuestros grandes maestros frente a las otras corrientes lingüísticas en vigor: la historicista de los neogramáticos y la sociológica de la escuela de Ginebra o escuela francesa. «Mucho de las concepciones historicistas y sociológicas—son palabras de Amado Alonso situando la figura de Menéndez Pidal en el ámbito universal de los estudios lingüísticos—es de valor permanente, sobre todo en los métodos científicos de averiguación y crítica que promovieron y desarrollaron. Ambas, además, coinciden por el lado filosófico en desechar la interpretación biológica anterior; pero ambas son tan positivistas y deterministas como ella, y, como deterministas, tenían preferencia por aquellos aspectos del lenguaje que más se asemejaban a la materia inerte y más se alejaban del espíritu y sus iniciativas. De ahí el hincapié que unos y otros han hecho en el

(71) *Ibid.*, pp. 113 y 119.

(72) Cf. *Estudios Filosóficos*, jul.-dic. 1953, pp. 403-447; jul.-dic. 1954, páginas 437-467.

carácter automático, inconsciente, involuntario e ingobernable de los cambios lingüísticos, no ya según leyes naturales, pero sí según leyes históricas (neogramáticos) o sociológicas (saussureanos), que escapan igualmente a la acción de los individuos. Concepciones deshumanizadas y desespiritualizadas de un fenómeno—el lenguaje—específicamente humano y espiritual». Vossler había reaccionado con valentía contra esta limitación, pero su descuido en la práctica por el rigor técnico y la solidez científica desvirtuaron para muchos la validez de sus principios. Por eso «ha sido una bendición—continúa Amado Alonso—que defienda y practique la concepción espiritualista del lenguaje (quizá más a lo Suchardt que a lo Vossler) un maestro de la lingüística más rigurosamente científica (un superador de todas las técnicas, podríamos decir, recordando su invención del método cronológico-geográfico en los *Orígenes del español*): Menéndez Pidal...». Otro tanto, en su particular medida, cabría decir del propio Amado Alonso y demás figuras nacionales de la lingüística.

No están ellos solos en esta postura espiritualista; pero indudablemente la han matizado con mayor acierto y defendido con más eficacia.

Diego Catalán nos ha querido presentar en síntesis orgánica esta concepción del lenguaje en los maestros españoles. Acude con razón a autores extranjeros para redondear en sistema sus doctrinas y salvar las lagunas que necesariamente se presentan. Preocupados del examen de problemas concretos, no siempre abordaron directamente cada uno de los problemas generales, cuya solución, sin embargo, en una dirección dada, aprobaban y presuponían. Sería de desear una más trabada armazón en el trabajo; no tanto en sus líneas generales, seguras y visibles, cuanto en estadios parciales de proceso.

Menos estable en esta armazón es la obra de Fidelino de Figueiredo, a la que el autor presta una natural estructuración literaria. Su mismo título—*La lucha por la expresión*—es significativo como propio de un escritor. Pone un subtítulo muy apropiado: «Prolegómenos para una Filosofía de la literatura». Pues de eso se trata en realidad: aprovechar elementos, datos y conclusiones de diversas ramas de la ciencia del lenguaje en orden a una consideración filosófica de la literatura. Lástima que sus postulados estrictamente filosóficos dejen bastante que desear en el orden de la verdad objetiva, y que no siempre pueda con los materiales con que trabaja.

FR. FERNANDO SORIA, O. P.